

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

El tiempo y la mirada.

Miguel Ángel Forte.

Cita:

Miguel Ángel Forte (2004). *El tiempo y la mirada. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/774>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

El tiempo y la mirada.

Miguel Ángel Forte. Facultad de Ciencias Sociales. UBA.

Resumen

Presentaré un conjunto de interrogantes acerca de la teoría sociológica en general y sobre la sociología en la Argentina en particular, poniendo especial atención sobre el sentido de la formación del sociólogo en el momento de los estudios de grado. Desde el punto de vista sistémico entonces haré un conjunto de reflexiones acerca del posible desarrollo de una teoría de la sociedad que permita, en la formación del sociólogo, poner la mirada sobre el conjunto de la sociedad en la construcción al tiempo de una teoría que impida la fragmentación y organice la vida profesional en el horizonte de la comprensión.

Ponencia

¿Para qué la sociología en la Argentina actual?, es, como sabemos la pregunta constitutiva de este encuentro y por lo tanto trataré de responder a este interrogante funcionalista y regional, confesando que si me apuran contesto no sé. Pero voy a la ponencia y arranco cuando digo que, no tenemos experiencia alguna sobre el tiempo aunque la metáfora del movimiento nos fue de mucha utilidad. Mandalas o líneas rectas nos indicaron un hacia que suaviza la certeza de la finitud insoportable e incomprensible. Ante esta situación de base, de la mano del iluminismo por ejemplo, el hacia, se pone bajo las formas

de la perfectibilidad del hombre y de la sociedad. De esta manera, el dispositivo de la racionalidad, apoyada recordemos, sobre un cuerpo conceptual y por actores contruidos actuando adecuando medios y fines, tenía como función explicar precisamente una transición, la del orden tradicional al orden moderno, garante al fin desde diferentes puntos de vista de la realización definitiva de la condición humana. Hasta aquí entonces y de la mano de la racionalidad europea el hacia es normativo y perfectible. En ese marco, dicho de una manera sintética y general, se construyeron teorías acerca del mundo y, desde luego, por eso estamos aquí, teorías sociológicas acerca de la sociedad. Desde luego que aquellas teorías contruidas para dar cuenta al fin de la sociedad, crean sociedad. Se presentan como un observador privilegiado que podía al fin dar cuenta de todo, mas allá de que tal o cual teoría fuese mas o menos individualista metodológica, más o menos holística. Se puede decir que con la teoría sistémica de Luhmann, tema de este taller, se cierra un ciclo de reflexiones a propósito del lugar del observador, problema al fin metafísico ya que la idea de punto de vista es la esencia de la modernidad. Y para el caso particular de nuestro autor es policéntrico y policontextual, escurridizo si se prefiere.

En el espíritu del párrafo anterior digo con la intención de comenzar a contestar a la pregunta del congreso, que la sociología, desde sus orígenes, tuvo una factura holística. En tal sentido, podemos reconocer por ejemplo la pretensión omnicomprendensiva de su socio fundador, Comte, al colocar a nuestra ciencia en el lugar de la supremacía, en el mismo movimiento en el que el mundo se hacía comprensible en su pasado, en su presente y en su porvenir si se lo

colocaba bajo el lente de la ley de los tres estadios creados precisamente por la sociología.

Por su parte, Weber, en forma por momentos bastante parecida al anterior, presenta a la modernidad como un estallido de esferas que servía para darle forma de culminación a un proceso creciente de racionalización y desencatamiento del mundo. Ensayó así, de manera inconclusa, como siempre, sobre la posibilidad de comprender la soledad de Occidente solo si se exploraba en los problemas de sentido y para ello era necesario explorar en los sentimientos religiosos que resistían religiosamente las exigencias weberianas de racionalidad.

Por supuesto, que a los autores mencionados se agrega Durkheim, desde luego, cuya atractiva relación construida entre integración social, normas y sentido de realidad enhebran el aprendizaje de la matemática con el aprendizaje moral con el amor a la patria.

Digo entonces que la sociología, la ciencia suprema de Comte, creo que tiene un sentimiento irrenunciable, una soberbia constitutiva que la convierte en un sentimiento artístico cuando es capaz después de un corto proceso de aprendizaje poder decir cual es la función de la historia, de la economía, de la política, de la religión, del arte, del deporte. Esta ciencia entonces, ocupada del sentido y por lo tanto, haciendo observaciones de segundo grado y privilegiando el punto de vista del estamento intelectual, construyó sociedades

imaginarias dentro de sociedades imaginarias en la carencia del lazo social perdido en no sé que lectura del viejo mundo medieval.

Saltando en el espacio y en el tiempo, en nuestra patria por ejemplo Gino Germani nos contaba la novela de la movilidad social que durante aproximadamente veinte años entre 1950 y 1970 aproximadamente, nuestras familias de clase media confirmaban por medio de la mudanza de barrio o bien transformado un perdido tugurio carcelario de Las Heras y Coronel Díaz en un barrio abacnado, la versosimilitud de sus intuiciones.

Al nombrar un tanto a la ligera a estos autores estoy tratando de decir que la sociología tiene razón de ser cuando resulta lintera del arte, cuando es una forma. Cuando resulta ser definitivamente una poética del artefacto. Es decir cuando el cómo hace al que. Probablemente esta afirmación nos ubique sobre la epistemología como un asunto casi excluyente de la formación y del oficio de sociólogo.

Sabemos poco y nada cuando comenzamos a estudiar sociología acerca de su para que, que por otra parte es la pregunta que inspira este congreso ¿para qué la sociología en la Argentina actual?. Aún cuando intuyamos que se trata el asunto ignoramos que sociólogo seremos en cuanto a las teorías doctrinas,

fundamentos y posturas. No sabemos a ciencia cierta cual será nuestra afinidad con los autores. En el mismo sentido tampoco conocemos nuestra sensibilidad por una u otra forma de pensar.

No sabemos que sociólogos seremos cuando comenzamos a estudiar sociología y esto es lo primero que deberíamos tener en cuenta cuando pensamos en la formación del sociólogo, es decir alentar la faceta creativa y el mundo interior que son dos cuestiones que combinadas construyen el verdadero pensamiento crítico que tanto se dice buscar.

En este espíritu la teoría sistémica de Luhmann en su laberinto, nos recuerda la complejidad de la sociología cuando intenta y que otra cosa es la sociología, construir una teoría de la sociedad que supere los particularismos, los regionalismos, el antropocentrismo y nos ayude a pensar en aspectos particulares de la sociedad pero en el horizonte de una teoría general que sobre todas las cosas implica dar cuenta de la sociedad en su conjunto y sabiendo desde el punto de partida que: NO HAY NADA DETRÁS.

Una vez más y siguiendo a Luhmann sabemos que desde los comienzos la sociología ha tratado de responder a dos preguntas, a saber: ¿de que se trata el caso? y ¿qué se esconde detrás?. Situación que de entrada, impide darle a la ciencia unidad. En tal sentido entonces sabemos que la tensión caracterizó a

la sociología desde sus comienzos que en su matriz romántica nos enseñó a “desconfiar del decorado del mundo” y en tal sentido dice Luhmann:

“En razón de esta diferencia, la sociología ha desarrollado una cultura extendida de sospecha de los motivos”. Luhmann 1996 p. 252.

Dice luego que ante el renunciamiento por agotamiento de aquella sospecha que:

“La empresa de investigación empírica se ha podido sostener bajo el presupuesto de que la realidad es la que ha de decidir lo que es y lo que es falso. De esta manera asegura el financiamiento y las plazas de trabajo para seguir haciendo más investigación. La sociología crítica sigue pujante porque considera que ha tenido éxito en la medida en que hace ver cómo ha fracasado la sociedad. Sociedad y crítica se externalizan mutuamente”. Luhmann 1996 p. 252.

En el marco de estas reflexiones acerca del deber ser de la sociología podríamos también abrir un interrogante acerca de la pertinencia o no de los llamados clásicos de la sociología. En tal sentido su presencia en los programas de estudio podría ayudarnos a entender la lógica interna de los artefactos conceptuales más que la pertinencia del diagnóstico. Podría entonces tener la teoría de la sociedad un lugar privilegiado en nuestros programas si pensamos en que el trabajo teórico no es un cruce de autores sino la preocupación por el decir acerca de la sociedad. Pero este decir acerca

de la sociedad es parte integral de la construcción misma de una teoría acerca de ella. Es imprescindible hacer consciente los mecanismos que hacen posible la construcción de realidad. La sociología de Luhmann nos ayuda a tomar el comienzo paradójico de la sociología, expresado precisamente en las dos preguntas que la constituyen, como un inicio fructífero. En este sentido, siguiendo al autor podemos pensar en Marx y su intento fructífero para separar los elementos paradójicos del capitalismo.

Afirma luego: “De Marx a Durkheim, y más allá de ellos, se tenía por imparcial el deber ético del científico que pudiera ser aplicado para bien de la humanidad y esto en los niveles teóricos tan altos que aquí se han expuesto. En la actualidad el hecho de que se proclame una ciencia ética es algo que no es obvio a primera vista. Esto quizá se debe a que el desarrollo de muy distintas teorías éticas no pueden ser igualadas en cuanto a sus criterios, sobre todo, debido a la alta complejidad, a la no visibilidad de los aspectos causales, a las decisiones cargadas de riesgo que son inevitables, y al trato con seres humanos que no pueden contar consigo mismos: que se oponen a cualquier tratamiento científico y a cualquier regulación ética. Para lograr un deber ético del científico lo que hace falta es el eslabón que hiciera posible conectar las intenciones que se esconden detrás y convertirlas en propuestas prácticas o cercanas a la práctica”. Luhmann 1996 P. 257

El problema del observador es compartido desde luego con las otras disciplinas en el contexto de la modernidad aunque se agudice en la sociología porque se trata del sistema de la sociedad.

La sociología entonces puede describir a la sociedad dentro de la sociedad, se presenta como ciencia y no puede tener otro fundamento pero también depende el apoyo y el reconocimiento de sus éxitos en la sociedad. La sociología entonces es un observador que disuelve las paradojas. La sociología pensada como arte realiza en realidad una parodia de la sociedad.

"...uno tendría una sociedad que con ayuda de la sociología se podría describir a sí misma. ¿Y qué es lo que estaría detrás?: absolutamente nada". Luhmann 1996 P. 270.

Parto entonces y como siempre en la sociología, de una carencia, para el caso particular, de la falta de una teoría de la sociedad y ¡ni que hablar de la Argentina!. Digo entonces y a pesar de todo que prefiero pensar, sociológicamente, en el carácter de la diferenciación en la modernidad bajo las formas de un modelo de desigualación funcional, superador de aquel inspirado en la división del trabajo, que en su forma salarial especialmente, está en extinción, con todas las transformaciones que este cambio implica al punto de alcanzar una mutación ética del orden social.

Aceptar por otra parte la forma de la sociedad global, no implica necesariamente adoptar un criterio sistémico que signifique la mera aceptación de lo dado, pero si reflexionar sobre la factura de la resistencia en un mundo en que la economía manda en el sentido de las dependencias sistémico

institucionales, aunque el derecho y la política hagan como que son autónomos de la economía global.

La sociedad contemporánea se caracteriza entonces por un tipo de integración que vacía el tanque de la ética en el abastecimiento de sentido. Agregamos además que el tiempo de la modernidad, se abrió paso no en el horizonte de la realización de su factura iluminista que hizo pensar de manera crítica que el individualismo posesivo, la desigualdad y el genocidio, eran *momentos* en la realización plena de la modernidad, la que mientras tanto era un proyecto inconcluso cuando estaba viva la esperanza de llegar a la modernidad que prometían sus intelectuales desde las instituciones académicas europeas, aquella de la realización plena de la libertad en un orden que garantizaría la más genuina expresión de la diversidad. Pero sucedió en cambio algo un tanto diferente pues la realidad se fue pareciendo cada vez más a sí misma. Puede decirse entonces que en la sociedad moderna, se desplegó una forma de diferenciación de carácter funcional en la que fue el sistema económico el más productivo de valor en el sentido de su hegemonía para incluir y excluir en el sistema social. En tal sentido podemos afirmar, que el sistema de la economía, logró hacernos participar a todos al fin de un conjunto de creencias. Puede decirse siguiendo a Castoriadis que la economía es una *institución imaginaria* al fin como todas pero agregamos, con el beneficio adicional de la evidencia o lo que es lo mismo logró gracias a su forma monetaria, convertirnos a todos en militantes de valores, al punto que y por ejemplo podemos adquirir un bien aunque en el terreno del discurso seamos enemigos declarados del sistema económico imperante.

El futuro llegó entonces bajo las formas de un presente que muestra a una modernidad, lejana de su promesa de perfectibilidad de la condición humana y de la sociedad. En tal sentido y para continuar no obstante, en la tradición iluminista que inspiró aquél supuesto sería pertinente entonces, reconocer de manera realista que aquella promesa ilustrada no fue, entre otras cosas, porque al fin el capital crece gracias al exterminio cotidiano de millares de personas con la complicidad cotidiana de los sobrevivientes, cuya preocupación central exclusiva y excluyente, es la de sobrevivir y por ende reproducir en lo ideológico el disciplinamiento social necesario, precisamente, para poder sobrevivir. O, si se quiere, en términos de Parsons, la modernidad, resultó ser un tiempo de valores militantes, esto es, ahora dicho en sede marxista, que no hace falta opinar, tan solo con practicar, el orden del mundo sigue su curso.

En el sentido del párrafo anterior, se puede agregar que la idea según la cual, el determinante en última instancia es la economía pueda ser cierta pero en tanto y en cuanto afirmemos que el sistema económico ha logrado ser, bajo las formas del capitalismo, el que se impuso como el más dinámico creador de valor con relación a los demás sistemas de sentido. Por lo tanto y dicho de otro modo, la vida cotidiana del planeta en el presente es la foto en negativo del *Manifiesto Comunista*.

Por otra parte, pero en relación con todo lo anterior, se pensaba que la paz sería, en el tiempo, un estado necesario para la expansión del capitalismo, pero se advierte en este punto sobre otra consecuencia inesperada de la

modernidad, a saber: solo con y por la guerra se afirma el capital, al tiempo que aquella es un negocio inmejorable. O, dicho de otro modo, el viento huracanado sigue arrastrando irrefrenable al benjaminiano ángel del progreso.

Ahora bien, la belicosidad del capitalismo contemporáneo no toma tan solo las formas clásicas de la guerra sino que también se expresa cuando se reproduce en el horizonte de la inclusión/exclusión, bajo las formas naturalizadas de la ideología de la supervivencia. Dicho de otro modo y si de la patria se trata, el sentido común se desliza sin trepidar en su camino cotidiano circulando por la derecha. En tal sentido, en el mundo poshabermasiano de la *sobrevida* criolla, puede decirse, que el tiempo se va entre el trabajo y la reproducción de la fuerza de trabajo, si se trata de describir en ajustada síntesis, al conjunto de prácticas que operan en el interior de los sistemas de inclusión; mientras que las estrategias de supervivencia *en sí*, organizan la cotidianidad desde, por decirlo de alguna manera, el club del trueque hasta el delito en los sistemas de exclusión. Valga en este punto una advertencia teórica, en el sentido de que los sistemas de inclusión y los sistemas de exclusión a su vez y como se puede advertir en los ejemplos de más arriba incluyen y excluyen.

Puede entonces pensarse también que se está ante la presencia de una modalidad de vida bélica, en la cual nuestras dosis de energía están puestas en la defensa a ultranza de nuestros intereses privados, pero al tiempo enemistados con las instituciones públicas y privadas. Algo así, como si el único lugar seguro de la tierra sería la propia casa, pero convertida en fortaleza. Esto es, la militarización doméstica presentada desde los medios

como la forma más eficiente para enfrentar al delito, cuando en realidad lo que se advierte en cambio, es que el ciclo privatizador está llegando a su expresión más refinada, a saber; el de la propia reclusión armada. Es en este punto en donde los derechos humanos están, percibidos por el sentido común que desde luego y por lo menos desde Gramsci no es necesariamente el buen sentido, "a favor de los delincuentes" al tiempo que el prejuicio resulta entonces funcional cuando el piquetero es el responsable racial de nuestra crisis.

La modernidad como todos los tiempos es irreversible. No se ha creado, más allá del sistema del arte, ninguna máquina del tiempo que nos permita como en la ficción viajar hacia el pasado o hacia el futuro. Ante certeza semejante, la ansiedad y la melancolía no siempre juegan malas pasadas porque tal vez gracias a esos síntomas es posible volver sobre los pasos, *reconstruir* y al fin, soñar con el porvenir. Dicho ahora a la manera sociológica: la irrevesibilidad del tiempo se vuelve reversible porque cultura mediante, todo presente cuenta con un pasado que se le adecua.

En el espíritu del párrafo anterior es posible también decir que es la condición reversible del tiempo lo que permite escribir una novela, un poema, una historia, llevar a cabo una sesión de psicoanálisis e incluso abrir una causa judicial y hacerla durar por años, aunque para el caso, los actores ya no sean los que fueron en el momento de su inicio. Es al fin la condición reversible del tiempo, la que permite establecer la sospecha de que a pesar de la dosis

inevitable de posmodernismo que se instaló en la mirada contemporánea que nos dice que el futuro no conduce a ninguna parte una vez desmoronadas las ilusiones iluministas a propósito de la relación establecida entre el futuro y la perfectibilidad de la condición humana, se mantiene constante el peso del tiempo en su espesor epistemológico, o, dicho de otro modo *sin tiempo* no es posible comprender el sentido del mundo que ha tocado, porque al dar cuenta del sentido del acontecimiento, dicho de manera rápida, se establece su relación con el pasado, con el presente y con el futuro. Es decir en síntesis que el cuándo condiciona aunque como dijimos más arriba; “el futuro no conduce a ninguna parte”. Es posible hasta aquí afirmar que aunque no se sepa nada acerca del futuro, los futuros, con arreglo a razón y a experiencia tienen estrecha relación con las decisiones tomadas en el pasado. En tal sentido es válida la historia en sí o en auxilio de otros saberes.

En el espíritu del párrafo anterior Hegel y Luhmann por ejemplo, comparan en términos parecidos al héroe trágico del mundo clásico con el hombre moderno y concluyen que la diferencia es que en la primera condición, el héroe se ve obligado a esperar el desenlace trágico para comprender allí, que el suceso con el que se enfrenta es el resultado de sus acciones y en definitiva confirma, cuerpo mediante como siempre, el sino dictado ayer por el oráculo. Mientras que el hombre moderno está condicionado por saber de antemano que lo que le sucederá es una consecuencia al fin de sus acciones. Puede advertir el lector que también aquí hay tragedia, pero se trata de aquella que sucede en el tiempo de la *muerte de la tragedia* y que consiste en saber que aunque se sepa se repite pues, aunque las ciencias sociales han progresado de manera

sensible en el sentido de que hoy se conoce más acerca de la condición humana de lo que los clásicos podían imaginar, tal situación ventajosa no fue capitalizada para, decimos en un sentido general, mejorar al hombre, a la mujer y al fin a la sociedad. Se trata esto, de una situación paradójica, en la que la realización de los postulados del iluminismo se llevaron puesto al iluminismo.

Por lo expresado hasta aquí es posible pensar en que la dimensión temporal del sentido está presente y afecta necesariamente sobre el mundo de las cosas por lo que respecta a su dimensión objetiva y sobre su dimensión social, es decir acerca de las coincidencias o divergencias sobre la interpretación que hagamos sobre la vida ego y alter.

El desarrollo teórico volcado aquí, coloca un asunto que no pierde encanto y es, dicho de manera sencilla, hasta que punto las decisiones que se toman hoy afectan sobre el porvenir. Es posible pensar entonces que el presente de una sociedad se parece bastante a lo que pretende ser en el futuro. O mejor dicho, la construcción del porvenir hace presentes diversos, los condiciona. Si entonces se le otorga a la dimensión temporal del sentido una posición de privilegio, la mirada sobre el futuro resultará ser por lo menos cautelosa, cuando de nuevo, el *hacia donde*, da el color al presente y el tono al pasado. Dicho sea de paso, la hegemonía pensada en este registro, es un rumbo social.

Es que a principios del siglo XXI nos encontramos ante una sociedad global que pareciera haber renunciado parece para siempre a la realización de la felicidad humana, sin solidaridad, sin similitud de las condiciones de vida. No obstante creemos que tiene sentido elaborar nuevas utopías aunque puedan generar nuevas decepciones, dado el estrecho arco de posibilidades políticas. Podemos incluso reconocer las penurias y la injusticia pero pareciera que esto ya no es más el problema de la sociedad. En tal sentido si miramos a las inmensas masas de gente famélica, privadas de todo lo necesario para una vida humana decente, sin acceso a ninguno de los sistemas funcionales; meros cuerpos tratando de sobrevivir y alcanzar el día siguiente, ni siquiera cabe el término de “explotación” a los efectos de formular descripciones adecuada. Porque, las relaciones sociales de hoy no son más jerárquicas estratificadas, sino otra de inclusión y exclusión en el horizonte de la diferenciación funcional. La sociedad moderna incluye y excluye a las personas vía los sistemas funcionales, pero de una manera paradójica. Los sistemas funcionales presuponen la inclusión de todo ser humano, pero, de hecho, ellos excluyen a las personas que no satisfacen sus requisitos. Muchos individuos tienen que vivir sin partida de nacimiento y sin documento de identidad, sin ninguna educación escolar y sin un trabajo regular, sin acceso a los tribunales y sin la capacidad para llamar a la policía. Cada exclusión sirve de pretexto o si se prefiere es funcional para otras exclusiones. En este nivel, si, la sociedad está firmemente integrada, pero de una manera negativa. Por otra parte pero ligado a lo anterior, si pensamos en la desintegración social de la Argentina es preciso reconocer que no tiene límite y debe ser así porque probablemente sea al fin la ética como forma de integración la que está en duda en su eficacia.

Bibliografía

GIDDENS, A. (1994): *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza.

(1995): *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*,
Barcelona, Península..

N. LUHMAN (1973): *Ilustración sociológica y otros ensayos*, Buenos Aires, Sur

N. LUHMANN (1996): *La ciencia de la sociedad*, México, Anthropos.

N. LUHMANN (1996): *Introducción a la teoría de sistemas*, México, Anthropos.

N. LUHMANN (1998): *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*,
México, Anthropos, segunda edición,

N. LUHMANN (1998): *Teoría de la sociedad*, México, Triana, segunda edición.

N. LUHMANN (1997): *Observaciones de la modernidad. Racionalidad y contingencia en la sociedad moderna*, Barcelona, Paidós,

N. LUHMANN (1998): *Sociología del riesgo*, México, Triana,

PARSONS, T, (1999): *El sistema social*. Madrid, Alianza.

STEINER, G. (1970): *La muerte de la tragedia*, Caracas, Monte Avila

